

1ª SEMANA de JUNIO



"Un cristiano fiel, iluminado por los rayos de la gracia al igual que un cristal, deberá iluminar a los demás con sus palabras y acciones, con la luz del buen ejemplo".

San Antonio de Padua

Y el amor de Dios se hizo Vida

V.- En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

R/- Como era en el principio, ahora y siempre. Por los siglos de los siglos. Amén.

Conocemos hoy el testimonio de Fortunato, mártir del siglo XX en nuestro país. Más allá de las circunstancias personales y temporales, hacer presente el testimonio de un mártir es ver la obra de amor de Dios por toda la humanidad. En la semana de la Santísima Trinidad, comunidad de amor que se da a los demás, revivimos la experiencia de un padre Paúl que, siguiendo a Cristo hasta la cruz, entregó su vida para dar Vida en abundancia.

Fortunato nació en Tardajos (Burgos), el 1 de junio de 1906. Hijo de familia numerosa, la casa de sus padres será conocida con el nombre de «casa grande». En realidad, Fortunato será una «fortuna» y una bendición de Dios para sus padres y para la iglesia. Las virtudes domésticas de la obediencia y trabajo, oración y piedad, austeridad y disciplina se imponían por sí mismas.

El cuidado del campo y del ganado ocupó los primeros años de Fortunato hasta que ingresó en el Colegio Apostólico que los PP. Paúles tenían abierto en el mismo Tardajos. El 18 de septiembre de 1923 ingresó en el Noviciado de los Padres Paúles. Prosiguió sus estudios de formación eclesial: tres años de filosofía y cuatro de teología, que culminó en Londres.

El 11 de octubre de 1931, el obispo Mons. Cruz Laplana y Laguna, le imponía las manos. Alcanzada la meta del sacerdocio, el P. Fortunato se siente pletórico de gozo y alegría. Su primera misa la celebra en la Basílica La Milagrosa, de Madrid, acompañado de sus tres hermanos misioneros paúles: PP. Esteban, Luis y Maximiano.

Recorre las comunidades de Murguía (Álava), Teruel y, finalmente, Alcorisa (Teruel), donde da testimonio de fe con derramamiento de sangre, en la madrugada del 24 de agosto de 1936. Tenía treinta años. A un discípulo suyo, que llegaría a ser misionero paúl, había escrito desde la cárcel: ***"... estoy esperando me fusilen de un momento a otro. Ruega por mí... Moriré mártir en defensa de la fe... Yo ya me he ofrecido a Dios para que se haga su santa voluntad"***.

Su disposición para el martirio no podía ser mejor. Dio muestras de perdón y amor a quienes iban a acabar con su vida terrestre. Antes de recibir el tiro de muerte, el P. Fortunato oró a Dios por sus asesinos, les perdonó de todo corazón, y con el grito: ¡Viva Cristo Rey!, cayó desplomado. Así moría el valiente defensor de la fe, dando testimonio de amor y esperanza invencibles.

Padre nuestro...

VI.- ¡Oh, María, sin pecado concebida!

R/- Ruega por nosotros que recurrimos a ti.